

Cotilleos navideños para una señora autóctona

Por GUSTAVO, ADOLFO Y BÉCQUER

[Enseñanzas para navegar esta carta:

1º Este es un relato de ficción y cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia. Y, el que se pica, ajos come.

2º El signo: * es explicativo de lo que pudiera no entenderse y además gentileza de esta casa, que es su casa.

3º Una vez leída, se ruega oraciones por la salvación del alma del autor (o autora), puesto que de la perdición de su cuerpo ya se encarga él (o ella).

y 4 (por cultura general) son las estaciones del año y también las de Vivaldi]

LULÚ, querida:

Al acercarse estas fechas tan entrañables en las que nos ponemos como cerdos y a los mismos los ponemos boca abajo y sin entrañas, no puedo por menos que dar rienda suelta a mi emoción enviándola unas breves y torpes líneas desde el pueblo que nos vio echar los primeros... lloros.

Como ha quince años, al menos, que no se ha dignado deleitarnos con su presencia —pido a Dios que la conserve con el buen palpar y mojar de siempre—, encuentro muy natural esa sed por conocer lo que sucede, principalmente, a sus paisanas y lo que éstas permiten les suceda con sus paisanos.

Por otra parte nos sentimos muy orgullosos, en esto creo que hablo por unos pocos, de su melancólico afán por mantener el recuerdo de este, su pueblo, como si se tratase de un paraíso, si no fiscal al menos terrenal. Cuánto suspiro, señora, derrochado. Estamos en la creencia, y en esto hablo por unos muchos, que sus suspiros serán por otros temas y en otras posturas.

Pero bien, sabiendo que rememora añorante las frescas fragancias o orillas del Tuerto en compañía amena de verdes sauces hay una espesura... etc; diréle, a mi pesar, que de aquello na, na de na. Hoy el Tuerto, de tan grato pasado, es una cosa civilizada y a nada de solicitar la denominación africana "rivergorri no". Qué primor ver ayuntados progreso y naturaleza. Cualquier paseante puede disfrutar, incluso sin fijarse, de elementos ya anticuados como alisos, paleras, genista... haciendo de marco incomparable a una infinidad de minibasureros que ponen una feliz nota multicolor en el paisaje. He ahí la modernidad. He ahí la clara demostración de que incluso esta parroquia también pertenece a la OCDE, al FMI y, de seguir enmierdando así, pronto, a la OPEP.

Dice (...) que está a la última (pregunta) en esto de la ecología, que lo que le pasa al río no tiene nombre, (será por falta de padres); y que había que colgar de los huevos a todos los políticos. A lo de colgar, parece que se apuntan todos; y más ahora que estamos entrenados con la matanza. Donde no hay unanimidad es si empezar por los concejales o ir directamente por el Secretario General de la OTAN.

De aquella vaquera en la que tanto retozó y tanto le gustaba y a tantos les gustaba que le gustase tanto, también diréle tristemente que estos tiempos de la alfalfa hidrofiliada le dieron el RIP. Y es que ¡coño! (el suyo), las buenas costumbres se están perdiendo, como no deja un día sin decir el Sr. (...), que como Ud. sabe fue un falangista de tomo y lomo (casi todo lomo), de los de camisa azul y pistolín al cinto y que ahora, quizás debido a la Teoría de la Evolución de las Especies, y desde que cobra 14 pagas al año, resulta que es un demócrata de toda la vida. La Democracia, en estos lares, se afianza proporcionalmente a la subida de las pensiones.

Aunque volviendo al tema de las costumbres no está del todo claro que las buenas se estén perdiendo, sólo hay que asomar la oreja a un corrillo y ... "... pues dicen que puso calefacción a gasoil. Pero si hasta hace dos días no tenía pa comer caliente./ ... pues creo que se le casa de penalty y a que no sabéis quién fue el delantero/... pues dicen que va a traer un tractor de 150 HP* (*nota del autor: hp). No te jode si gastara algo más en pastillas de jabón./..." No, no creo que las buenas y eternas costumbres perezcan, simplemente como la energía, se trasforman.

Mi vecina la Sra. (...) es más comedida y de las que piensan que si antes había cosas buenas ahora hay más (en Continente y a buenos precios) y que además se disfruta como nunca. Para ejemplo está su marido que cada noche le da por largarse a La Gotera y apaña una euforia que ni un hincha del Atlético de Madrid y regresa cantando para toda la barriada (y gratis) aquello de "Tengo un tractor amarillo". Eso es alegría. Pero claro, no cunde porque en el extremo opuesto está el chaval pequeño que le ha salido un pelín atravesado y dice (sobre todo los lunes) que o le compran el Ibiza GTI o no se levanta. Y no se levanta. Empieza entonces la de San Quintín Tarantino 2ª Parte. Su padre, el insigne tenor, esta vez a voz en grito recriminándole: "vago, desgraciado, maleante, lute, maricón*" (*N. del A.: adjetivo agudo y sonoro que se usa profusamente entre los mandos del ejército español que han alcanzado la EGB, antes primaria, y que suele aprender y repetir, no sin cierto donaire, la tropa con mayor sensibilidad para las cuestiones artísticas. A lo mejor hubiera sobrado la explicación, pero por si acaso). La respuesta del chaval, embutido entre las mantas, no se hace esperar: "negrero, chorizo (?), chupatintas, chupaponches, chupóptero, chicha y nabo... etc.". Y hasta aquí hemos llegado, pues es en este momento mismo cuando entra en escena la buena de Dña. (...), mi vecina, poniendo fin al rifirrafe y mandando a cada pájaro a su espiga, porque si los deja seguir acaban con la lengua de Cervantes y la única que dobla el espinazo es ella. Para el abuelo del chaval esto no es más que un problema de generaciones; y lo explica: "a mí, mi hijo, ya desde pequeñín, me pareció un perfecto degenerado". En cambio, para la abuela Dña. (...), que aunque miope nunca le faltó la visión histórica, cualquier día va arder Troya y acaban todos en el programa del Lobatón.

En otro orden de cosas, D. (...), que, como Ud. bien sabe, ya desde que en los párvulos sorbía, en iguales

proporciones, mocos y leche en polvo americana, se le veía, por lo espabilado, que iba a llegar muy lejos, el pobre tuvo mala suerte y se tuvo que apearse en Bilbao, que era la última estación del ferrocarril de vía estrecha. Se fue para allá con la sana ambición de hacerse rico y volver al pueblo, aunque sólo fuera por las fiestas de San Juan, con un 1500, de los de entonces, y un traje a rayas. Pero se ve que tenía la negra y acabó de deshollinador en los Altos Hornos. De repente, un día se dio cuenta de que los gatos, aunque vascos de 10 generaciones en adelante y con RH+, andaban sueltos como en todas partes y las longanizas con las que deberían estar atados, andaban a poco menos de riñón en los ultramarinos; entonces, digo, le sucedió como a San Pablo, solo que en vez de camino de Damasco, fue a orillas del Nervión. Enganchó las maletas y *pal* pueblín. Desde entonces se dedica con un ahínco inusual a la cunicultura. La gente se pregunta qué tienen que ver los Altos Hornos con los conejos, pero digo yo que alguna relación tendrá que haber; no obstante, estas Navidades, como en el pueblo tenemos afamados psiquiatras, pienso consultarlo. Ahora bien, la impresión que el País Vasco le causó es sus cinco meses de estancia fue tan honda que es por demás lo pesado que se pone cuando regresan en vacaciones los emigrados que tenemos allende, volviéndoles locos a preguntas sobre su otra patria (ya nos hemos fijado que cuando sale Arzallus por la tele, al pobre, casi se le sueltan las lágrimas mientras musita "padre, padre"). Y lo que le digo, que no les suelta hasta que ponen a buen recaudo 3 ó 4 botellas de pacharán y entonan el "Desde Santurce a Bilbao". No sé, no sé, pero a éste cualquier día le da el punto y nos funda un grupo armado o, lo que sería más grave, un orfeón. (No sé si esto consultarlo con los psiquiatras o con la almohada).

Ni que decir tiene, señora mía, que no todos sus paisanos/as, son plebe de medio pelo, nada más lejos de la realidad. Como ésta es tierra de regadío, lo que menos ha faltado es una excelente irrigación cerebral y fruto de la abundancia de humedad es que nos sobran "enteraos" hasta para la exportación, también disponemos de mucho ilustrado (o, mejor dicho, bastante despota ilustrado), ciertos diplomados y algún que otro licenciado. Estos últimos, lo más granado de la huerta, vayan donde vayan o estén donde estén, tienen a mucho honor y más gloria hacer gala (que no leña) de sus raíces, dejando el pabellón patrio alto, muy alto.

Quizá sea debido a este síndrome de altitud el que, cuando sus múltiples y elevadas ocupaciones se lo permiten y llegan, ennobleciéndonos con su visita, lo primero que hacen, tal vez impelidos por el frenesí de las alturas, es saltar a los varales de la cocina de humo. Después, ya con la cecina y el chorizo en el plato, entre engulle y engulle, nos dan unas clases magistrales... "los millones a plazo fijo/ los metros cuadrados del nuevo piso/ que este coche me está pequeño y me voy a comprar un mono-volumen/ que la niña va al colegio de pago tal/ que, mamá, mira el visón que le regalé a la Puri...".

O sea, que el día menos pensado le dan a uno de ellos el NOBEL y, además de dejarnos boquiabiertos con

tanta elocuencia y *sabidurencia*, nos deja hasta sin el chorizo de entrecallo.

Tampoco hay que ser tan mal pensados; en esto estoy con el párroco D. (...). Aunque Ud. no le conozca, y tampoco se lo pueda creer (él, tampoco) resulta que dicen que dice que es un liberal. Aquello de las sotanas y de meter miedo con el Demonio y la Guardia Civil ya es historia. Lo de la cosa sacerdotal ha cambiado una barbaridad para desconcierto y descoloque de la beatería, que se le pone la mosca detrás de la oreja cada vez que el Sr. cura sale derrapando con su BMW o cuando en las misas de once se huele más a colonia Jacq's (al que siguen buscando) que a incienso, oro o mirra. Las cosas han cambiado, qué duda cabe, y tampoco es cuestión de pedirles a estos santos varones que, en los tiempos que corren del pónitelo/pónselo y el sostén Wonderbra, sigan las estrictas reglas de San Genadio y San Fructuoso, que, de los santos, son los que nos caen más a mano. Lo que deberían entender los feligreses es que cada época tiene sus modos y maneras y no hay por qué echarse la manos a la cabeza si, en breve plazo, vemos al Sr. cura dándonos la liturgia a ritmo de "bacalao", música que, como todo el mundo sabe gracias a los telediarios, es de las más propicias para alcanzar el éxtasis.

Ya termino, señora mía, con mucho pesar, no porque no haya más que contarle, sino para dejar espacio a que otros paisanos/as ilustres puedan dejar impresiones en letra de molde su exquisita y sabia prosa para rebuzno de futuras generaciones. Es costumbre en nuestro lugar, una vez recibida *La Veiga*, juntarse para poner a caer de un burro a quienes tienen la osadía/tontería de largar cuatro páginas por todo el morro, para que el personal aplauda y se solidarice con su bagaje cultural. Por lo que a este servidor/a le toque, quedan exentos de contribución; ahora bien, en caso de que no se puedan contener, soliciten a la Redacción mi cuenta de ahorro.

Por lo que a Ud. respecta, señora mía, no sabe con cuanto ardor (sin nombrar partes) deseo verla pronto por estos pagos. No tenga cuidado que aquí, entre gentes tan comprensivas, su oficio vaya a ser piedra de escándalo. En esto también se ha evolucionado mucho y el que más o el que menos no se escapa, si se le mira de cerca, de ser un cromo. Estoy seguro/a de que si volviese, hombre, no digo yo que se la recibiese con la banda de cornetas (de éstos tenemos abundancia) y tambores, pero si cordialmente, al menos por el 49% de la población. Lo que le digo, los negocios de la carne siempre han resultado más gratos, más baratos, más palpables e incluso más perdonables que los del alma, siempre etéreos y retorcidos. En esto, como en tantas otras cuestiones, también estoy con el párraco.

Y bien, porque es Navidad y porque suele coincidir con la terminación del año, quiero desearle que allí donde se encuentre, encima o debajo de la clientela, tenga un venturoso 96 y lo disfrute como manda ningún dios. Porque, como dice el abuelo, "esto son dos días y ayer ya ha pasado".